



Doctor

Hugo Vicuña Monardes

ALMIRANTE DE LA REPUBLICA
Y MEDICO EMERITO DE CHILE

Por

Alfonso LOPEZ Mc Cabe
Contraalmirante SN
Director de Sanidad de la Armada



EL 21 DE ENERO de 1979 falleció en Santiago el contraalmirante de Sanidad en retiro y ex Director de Sanidad de la Armada, don Hugo

Vicuña Monardes, quien fuera uno de los más meritorios oficiales que han pasado hasta el presente por esa rama de nuestra Marina de Guerra y uno de los médicos-urólogos más destacados del país, cuyos méritos personales y profesionales han sido reconocidos no sólo en nuestro medio, sino que también han trascendido las fronteras de la Patria.

El almirante Vicuña no se distinguió únicamente en su carrera dentro de la Armada, a cuyo servicio entregó sus mejores esfuerzos con una devoción y entusiasmo que di-

ficilmente podrán ser emulados, sino que también sobresalió en cuanto acción profesional o extra-profesional le cupo participar, a las que, gracias a la gravitación de su personalidad y capacidad técnica, pudo imprimirles siempre una relevancia singular.

Con su deceso se ha extinguido una vida entera consagrada por una parte al Servicio de Sanidad de la Armada y por otra, dedicada con no menos devoción, al progreso de la medicina chilena y más directamente al de la urología en nuestro país, especialidad que adoptara desde su época de estudiante universitario y que sólo dejara de ejercer poco tiempo antes de abandonarnos para siempre.

Su lamentable desaparecimiento ha creado en todo lo que participara durante su existencia y entre todos los que alternaron

en sus labores profesionales u oficiales, en su vida social o privada, un vacío enorme que a nuestro juicio perdurará por largo tiempo.

La muerte del almirante Vicuña, ocurrida en un día festivo, lejos del ambiente donde desarrollara las más descollantes actividades de su multifacética existencia, pasó inadvertida para muchos que hubieran querido rendir con su presencia un postrer homenaje a la memoria del compañero, del colega de profesión, del jefe, del maestro, del médico o simplemente del amigo, que estuvo siempre dispuesto a compartir con ellos sus horas de alegría, o a servirles de apoyo con su afecto, ciencia, arte o comprensión en los momentos de enfermedad, angustia y dolor.

Una vida tan ejemplar como la del Dr. Hugo Vicuña Monardes, médico emérito del país, puede ser exhibida con orgullo por quienes lo conocieron y servir como modelo, no sólo para los jóvenes médicos que pertenecen a la Marina de Guerra o que en el futuro lleguen a integrar sus escalafones de sanidad, sino que también para la totalidad de los jóvenes médicos chilenos.

En estos momentos de tristeza y de dolor, es muy difícil exponer las fecundas y copiosas realizaciones que jalonan el acontecer biográfico de la vida del almirante Vicuña, plena de hechos positivos y desbordada por su imponderable calidad humana, y es una labor más ardua todavía, tratar de traducir estos hechos y obras con la adecuada fidelidad que quisiéramos darles.

Nacido en la ciudad de Huasco, en el litoral de la pródiga tierra atacameña, el 26 de diciembre de 1899, hizo sus primeros estudios en su pueblo natal, ingresando más adelante, al Internado Nacional Barros Arana, donde además de sobresalir por sus dotes intelectuales, se destacó por sus aptitudes deportivas, que incluso lo llevaron a figurar en niveles internacionales.

El lema de su colegio, "Mens sana in corpore sano", se grabó muy hondo en su ser y cuando lo conocimos, en la plenitud de su existencia y alcanzados sus mayores éxitos procesionales, seguía ejercitando sus prácticas deportivas hasta donde se lo permitían sus múltiples obligaciones y fue tal

vez por eso que pudo conservar hasta edad muy avanzada, una agilidad física y mental que sorprenda a todos quienes tuvimos la oportunidad de conocerle o el privilegio de participar en sus labores profesionales y demás actividades que desarrollaba.

Terminadas sus humanidades, pasó a la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile donde también sobresano como estudiante y deportista excepcional, llegando en este aspecto a representar a nuestro país en eventos futbolísticos interamericanos realizados en el extranjero, distinguiéndose siempre por su condición física y su caballeridad.

En los últimos años de su carrera universitaria, se siente atraído por una especialidad que recién comenzaba a desarrollarse y a ampliar sus campos de acción en nuestro país, inclinación que mantuvo viva hasta los últimos años de su existencia y lo lleva a figurar dentro del país y fuera de sus fronteras, como uno de los urólogos más sobresalientes de los últimos tiempos.

Iniciado en las disciplinas de esta especialidad, en la Clínica Urológica del hospital San Vicente, dirigida en esa época por el profesor Luis Bisquert Cea, quien había sucedido al profesor Moore, padre de la Urología en el país, adquiere toda la ciencia y el arte de esta rama de la medicina, imbuida en esa época por la doctrina de los grandes maestros del hospital Necker de París, cuna de la urología universal.

Al recibirse de médico cirujano, el profesor Bisquert le ofreció que continuara en su cátedra del hospital San Vicente abriéndole de esta manera una expectativa profesional que muchos hubieran deseado, pero el doctor Vicuña se sentía comprometido con la Armada, que lo había contratado mientras era todavía un joven estudiante y considera que es su deber responder al compromiso contraído en esas circunstancias.

Siendo estudiante de Medicina ingresa a la Armada como cirujano 3º, grado equivalente al de subteniente, el 30 de junio de 1922; asciende a cirujano 2º el 23 de diciembre de 1924. Durante este período, presta servicios en la Armada en sus vacaciones, tiempo en que la Institución supo captarlo para siempre.

El 9 de enero de 1926, recibido de médico, es ascendido a cirujano 1º y en-

barcado como cirujano del crucero "Blanco Encalada", zarpa de inmediato a Arica y participa de esta manera en la Comisión Plebiscitaria, que en esos momentos desarrollaba sus acciones diplomáticas en aquel puerto del norte de nuestro país.

Durante su paso por la Armada ocupó prácticamente todos los puestos que les corresponde servir a los médicos de la Institución, en su carrera como oficiales de Sanidad Naval.

En sus primeros grados fue cirujano de cargo de los antiguos cruceros "Blanco Encalada" y "O'Higgins", del acorazado "Almirante Latorre", del buque madre de submarinos "Araucano" y del petrolero "Rancaua". en el que viajó por puertos de Sud, Centro y Norteamérica, como médico del curso de guardiamarinas, que hacía su crucero de instrucción en esa nave.

Más tarde, fue cirujano jefe de la escuadra. Desde su primer embarque, su simpatía natural y competencia profesional le granjearon el aprecio y cariño de sus jefes, compañeros y subalternos, situación que, transformada en amistad, se mantuvo no sólo durante su vida institucional, sino que incluso, en muchos casos, perduró hasta después de su retiro.

Mientras permaneció embarcado, además de cumplir sus labores profesionales habituales, se preocupó por establecer las bases de un Servicio de Sanidad Naval como los de países más avanzados y con más experiencia en la materia que el nuestro, estableciendo normas y redactando reglamentos que con el tiempo han llevado a la medicina y a la cirugía que se practican a bordo a la calidad de verdaderas especialidades dentro de nuestra profesión, adaptadas al medio en que se aplican y a los requerimientos que tienen que las hacen tan diferentes a los empleados en el medio civil y tan distintas por los problemas que a menudo se deben afrontar.

Cumplió las más diversas comisiones en el país y en el extranjero, entre las que merecen destacarse la de médico personal del Presidente Pedro Aguirre Cerda, la de cirujano jefe del equipo médico destacado a Talcahuano, a bordo del destructor "Serrano", para dirigir la atención médico-quirúrgica de los heridos del terremoto ocurrido en esa zona el año 1939, así como para organizar los servicios sanitarios de la región afectada por el sismo.

Fue médico de la Misión Naval en Chile en Washington, donde cumplió una labor descollante, participando en la adquisición de equipos e instrumental para los hospitales institucionales, cuya elección fue tan acertada, que todavía se mantienen y presijan utilidad.

Comisionado a Estados Unidos para imponer de los más recientes avances urológicos y venereológicos de la época, tuvo la oportunidad de alternar con los más destacados especialistas de ese país, con muchos de los cuales mantuvo vinculaciones hasta tiempos muy recientes.

Asistió representando a la Armada de Chile, a numerosos Congresos Internacionales de Medicina Naval y Militar y a distintos Congresos Urológicos nacionales y extranjeros, en todos los cuales tuvo siempre una participación muy destacada.

Fue médico tratante de la especialidad de Urología en los Hospitales Navales de Talcahuano y Valparaíso y posteriormente jefe de los respectivos servicios clínicos, lapso que tal vez fue el más fructífero de su vida profesional, en que pudo desarrollar plenamente sus aptitudes y capacidades, con singular éxito y provecho institucional.

Su prestigio como urólogo determinó que la Universidad de Chile autorizara, en una época que era bastante reticente en este aspecto, para que estudiantes de Medicina hicieran su práctica urológica en los servicios de la especialidad que le cupo dirigir en los Hospitales Navales y le permitió al mismo tiempo, que patrocinara Memorias de Grado sobre diversos temas de esta disciplina médica, que siempre fueron aprobadas con distinciones sobresalientes por las Comisiones Universitarias.

Podemos decir, sin temor a equivocarnos, que durante su permanencia como jefe del Servicio de Urología del Hospital Naval de Valparaíso, creó una "Escuela Urológica" donde nos formamos muchos de los actuales especialistas porteños, que en la Armada o fuera de ella, hemos seguido aplicando las normas profesionales y éticas que nos inculcara, mientras dábamos nuestros primeros pasos en la especialidad.

Sus trabajos científicos e investigaciones clínicas, publicadas en Revistas Urológicas nacionales y extranjeras, superan la centena, siendo algunos de ellos totalmente originales, como fue la del "Uso de la Sulfamidoterapia en la Enfermedad de Nicolás

y Favre", siendo éste el primer aporte sobre el tema que se encuentra en la literatura médica mundial,

La publicación que hiciera en 1929 en colaboración con su gran amigo, actualmente fallecido, capitán de navío de sanidad don Enrique Zárate Valenzuela, sobre arteriografías, del cual han quedado excelentes documentos radiográficos, demuestra a 50 años de distancia su empuje profesional, que lo llevó a incursionar en una técnica semiológica inexplorada en ese entonces, que actualmente es en muchos casos, imprescindible para el diagnóstico de varias enfermedades.

También lo apasionó el problema venereológico y en base a la experiencia obtenida en la Marina de Guerra, creó la Campaña Antivenérea Coordinada de Valparaíso y Viña del Mar, que extendida posteriormente al resto del país permitió llevar las cifras de morbilidad venérea existente hasta entonces, a niveles sanitariamente aceptables.

Los tratamientos masivos e intensivos de la sífilis que iniciara en el Hospital Naval de Valparaíso en 1940, en una época en que la penicilina aún no llegaba a nuestro medio, constituyeron una verdadera hazaña terapéutica difícil y peligrosa, que enfrentó sin temores, buscando dominar ese mal endémico en nuestro país, que hasta entonces no encontraba una solución satisfactoria y provocaba verdaderos estragos en nuestra población.

Tampoco podemos olvidar su inquietud por el tratamiento quirúrgico de la hipertensión arterial, terreno en el que nos atrevemos a decir que fue uno de sus precursores dentro del país. Lo mismo podríamos decir de las técnicas de cirugía urológica endoscópica, de la que fuera uno de los pioneros en Chile y de todas las más recientes novedades de la especialidad, que en su calidad de estudioso incansable, llegaban a su conocimiento a través de sus lecturas o congresos en que participaba.

Mientras tanto, siguió ascendiendo en su carrera médico-naval; fue jefe de la Sección Higiene Social de la Armada, jefe del Servicio de Medicina Preventiva Institucional, director de la Escuela de Sanidad Naval, subdirector y director de los Hospitales Navales de Talcahuano y Valparaíso y luego, con el grado de contraalmirante, Director de Sanidad de la Armada, cargo que ocupó desde el 11 de octubre de 1952 has-

ta el 29 de febrero de 1960, fecha en que se le concede su retiro absoluto de la Armada, después de treinta y siete años, sesenta y veintinueve días de brillantes servicios institucionales.

Con motivo de su retiro, el Comandante en Jefe de la Armada dispuso su designación como Miembro Honorario y Consultor Permanente de los Hospitales Navales, distinción excepcional en nuestra Marina de Guerra.

Además, la referida autoridad superior ordenó que se dejara constancia escrita en su Hoja de Servicios de que "sus ejemplares cualidades personales y profesionales no sólo han significado una honra para el Servicio de Sanidad Naval, sino que también han sido un prestigio para la Armada en general".

Por su parte, el Colegio Médico de Chile, al cumplir los 50 años de ejercicio profesional, le otorgó el año 1976 la Medalla de Oro al Mérito Médico, que lució orgulloso en los últimos años de su vida.

Su participación activa en el trabajo diario de diversas sociedades científico-profesionales fue siempre descollante, alcanzando la presidencia de la Sociedad Médica de Valparaíso y de la Sociedad Chilena de Urología y el grado de socio correspondiente de numerosas instituciones extranjeras del mismo tipo.

Fue miembro del American College of Surgeons y del Comité de Directores de Sanidad de las Armadas Americanas.

Mientras se desempeñaba en la Armada fue al mismo tiempo director del Centro Regional Antivenéreo de Valparaíso, cargo en que pudo aplicar en la población civil los principios de la Campaña Antivenérea Coordinada, obteniendo con ello a corto plazo un éxito espectacular, transformando a Valparaíso de un puerto que por mucho tiempo había sido infestado en las cartas náuticas como lugar peligroso para las tripulaciones por las posibilidades de contagio venéreo, en uno de los lugares más limpios que en este aspecto existían en el mundo.

Esta situación tan favorable fue confirmada por el Comandante en Jefe de una escuadra norteamericana que estuvo en Chile en 1947 con 10 000 hombres a bordo al comunicar a su llegada a EE.UU. que Valparaíso era el único puerto, de los muchos que había tocado en su viaje, en que

nadie del personal bajo su mando había contraído una enfermedad de dicha naturaleza.

Su interés por las novedades urológicas no se extinguió en ningún momento de su vida y de esta manera lo vimos participar activamente en la planificación y realización de los primeros trasplantes renales efectuados en el Hospital Naval de Valparaíso, que se cuentan entre los primeros hechos en Chile, los únicos que se siguen efectuando con éxito en la actualidad.

Retirado de la Armada, asumió la jefatura del Servicio de Urología del hospital Carlos Van Burén de Valparaíso, el más importante de la región y uno de los más grandes del país, donde formó numerosos especialistas que hoy ejercen brillantemente su profesión.

Designado profesor de urología en la Escuela de Medicina, sede Valparaíso, de la Universidad de Chile, sólo pudo ejercer la docencia por corto tiempo, labores para las que se había preparado y poseía dotos de excepción, que desafortunadamente no pudieron ser aprovechadas integralmente, porque motivos de salud le impidieron muy luego seguir desarrollándolas.

Finalizó su carrera funcionaria como director del hospital Carlos Van Burén de Valparaíso, cargo del que tuvo que retirarse por razones de salud y en el que alcanzó a aplicar sistemas racionalizados de administración, que significaron un evidente progreso para ese establecimiento asistencial.

Tampoco estuvo ajeno al aspecto gremial del médico, iniciándose en su juven-

tud como miembro de la antigua AMECH de Valparaíso y llegando a ser más tarde el primer presidente del Consejo Regional Valparaíso-Aconcagua del Colegio Médico de Chile.

Su paso por la Armada dejó una huella imborrable en muchas generaciones de marinos, tanto por su modo de ser afable y bondadoso, que le granjeó perdurables amistades, como también por sus acciones profesionales, que beneficiaron con la salud e incluso con la vida, a incontables miembros de la Institución, que en estos momentos de congoja y de dolor lo recuerdan con gratitud y con cariño, por el bien que de él recibieron, por su sentido humano, habilidad técnica, saber incomparable y respeto a la personalidad humana, que su formación filosófica imprimía a todas sus actitudes.

Lo expresado en este último aspecto, durante su paso por la Armada, es igualmente valedero para las instituciones civiles en que le cupo participar, como la antigua Beneficencia Pública, la ex Caja del Seguro Obrero Obligatorio, la Caja de Empleados Públicos y Periodistas, el Servicio Médico Nacional de Empleados y también para la infinidad de enfermos de su clientela privada, atendida en su consulta particular o en los hospitales donde era llamado por su reconocida competencia profesional.

Hombre de alma sana en cuerpo sano, el almirante Vicuña ha dejado un recuerdo en todos los ambientes en que actuó durante su vida que, estamos seguros, será imperecedero.

